

EL TERCER METODO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

SON muchas ya las personas que, alejadas de la Iglesia y considerándose no-creyentes, recuerdan con amargura y desprecio la formación religiosa que recibieron de niños.

Centran su crítica en el Catecismo, porque consideran que en él se unen —como se definía el infierno— «el conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno».

Este juicio no es, sino la reacción explicable de quien estuvo atenazado en la vida; y hoy —liberado ya de esas ataduras— habla contra lo que cree ver concentrado en ese pequeño libro.

Muchos católicos se sentirán extrañados por esta —a su juicio— excesiva reacción, porque reconociendo los defectos humanos de ese breve manual de formación religiosa, para ellos su aprendizaje no ha supuesto una experiencia tan negativa. Más bien recuerdan el modo como esos preceptos, normas y orientaciones les fueron explicados; y en esa antipedagógica explicación concentran su crítica actual.

Otros, en cambio, superando los aspectos negativos que pudieran existir, en el planteamiento que se les dio de los problemas religiosos, han podido superar cualquier reacción negativa, y ven —tras el ropaje— el núcleo esencial y vital que el cristianismo pretende tener siempre.

PARA tranquilidad de los más críticos les diré que han sido algunos teólogos católicos quienes más y mejor han combatido la estructura religiosa de estos libritos. Porque tales manuales elementales no eran sino la copia, todavía más imperfecta, de los criticables textos que el sacerdote tenía que estudiar en su seminario.

El profesor J. B. Hirscher —en el siglo XIX— fue el que llamó a los catecismos «laberintos de fórmulas escolares», y «aburridas deducciones conceptuales». Y ahora el Hermano Leone, Drinkwater, X. Arnold y J. Jungmann, S.J., replen lo mismo y amplían, incluso, este despreciativo juicio.

Gracias a los historiadores, como el monje benedictino J. Froger, averiguamos ahora que los «diez mandamientos», concepción de la moral que tanta crítica ha recibido de bocas no-creyentes, no fueron utilizados jamás para enseñar la moral católica durante los primeros siglos cristianos. Es más: se evitaba positivamente su uso, para impedir confusiones. Y durante varios centenares de años lo hemos olvidado en la educación religiosa de niños y adultos. «Los primeros Padres de la Iglesia no mencionan los mandamientos de Dios, sino para señalar que están derogados y sustituidos por otros más perfectos» (Le huitième jour, J. Froger y otros).

Lo mismo que hoy pretenden moralistas tan inteligentes como el redentorista alemán Padre Haering, el profesor G. Hansemann y K. Tilmann. El segundo se pregunta con toda razón: «¿Para qué tuvo Cristo que destacar tan claramente que enseñaba cosas mayores que los diez mandamientos, y que su mandamiento es el amor, si al final acabamos poniendo en primer plano de nuevo las prescripciones de la ley?» (Problemas de la educación, B. Haering y otros).

La revolución copernicana la hizo Cristo en moral con «la contraposición a la antigua ley, que Jesús destaca cuando empieza el Sermón del Monte, ante un maravilloso paisaje rodeado de una multitud; y lo hace no con prohibiciones, sino con promesas» (idem).

Es la ley del amor la que ha sustituido en el cristianismo al código del Sinaí; por eso es por lo que «no hay que formar a los cristianos según la ley sináica, la cual está superada. El cristiano no está sometido a esa ley, sino que está sujeto a la gracia de las bienaventuranzas» (B. Haering). Porque las bienaventuranzas no son un código, ni tampoco unas preceptos de debilidad: son la expresión concreta —a nivel de la cultura israelí del siglo I— del sentido del amor, que es la única moral del hombre liberado por Jesús. Moral que hoy se tiene que reconstruir en su detalle, como en parte ha hecho Pablo VI en la *Populorum Progressio*, guardando el sentido del amor, que es lo único permanente en cualquier situación histórica.

ESTAMOS encerrando al cristianismo —en la educación infantil o en la disciplina autoritativa para los adultos— en una especie de mazmorra sin aire ni luz. Pero «el cristianismo no es, en primer lugar, una filosofía, un sistema de pensamiento o un sistema social: es una vida» (S. Lyonnet, S. J.). Y la vida, como quieren los cristianos de hoy, no se la puede asfixiar con toda suerte de barreras exteriores que la paralizan.

De ahí que a la religión cristiana se la llamase, en el siglo III, «el tercer método de religión» (A. Harnack). Porque al ser una vida, y no una serie de reglamentaciones exteriores, rompía los moldes en los que se clasificaba hasta entonces a las religiones. Hasta el acto más importante de culto, la Eucaristía, se celebraba entonces —como hoy quieren muchos— en las casas particulares, y en forma de un banquete: no se buscaba hacerlo en un templo, porque eso parecía impropio de una religión tan radicalmente nueva.

Pero no nos hagamos ilusiones, el núcleo básico —el único decisivo y permanente— del cristianismo ha pasado por demasiados avatares en la historia. Y ha llegado a nosotros envuelto en tantas cosas accidentales que no es fácil a quien fuera de él, o dentro de él, sin prejuicios, intentase conocerlo en su esencia y desbrozar, a partir de cualquier manual o instrucción religiosa, lo fundamental de su intención.

Ha sido una suerte —no hay mal que por bien no venga, dirían los más moderados— que el mundo se hiciese profundamente profano. De haber seguido encerrado en sus cuatro paredes acaparadoras de lo religioso y de lo profano, estaríamos en peor estado del que estamos, porque sería muy difícil ver claro lo cristiano auténtico entre tanta profusión un poco selvática, de que se habla rodeado la religión.

Los Santos —esos grandes hombres cuando los conocemos bien, cosa no tan fácil por causa de los historiadores beatos— han sabido darnos este toque de atención. Cuando estaba para empezar la Edad Contemporánea, San Alfonso María de Liguori, el timorato, no se recató, sin embargo, en afirmar que podía ser más fácil salvarse en el mundo, que en una congregación u orden religiosa que estuviese relajada. Lo mismo que hoy podría decirse, aplicado a otro plano más profundo: la religión cristiana se salva mejor en medio de un mundo profano, no-creyente, pero serio, científico y culto, que no entre las pantanosas aguas de la defectuosa religión que se propagaba usualmente, y que eran irrespirables para un hombre sano.

De ahí que sea más fácil conocer el cristianismo, cuando tenemos en cuenta la realidad de la incredulidad; que cuando vivimos en medio de nuestras rutinas religiosas. Eso es lo que han querido hacer —en este año— el Secretariado para los no-creyentes en Roma, y el teólogo Karl Rahner, S. J., desde su cátedra de Münster.

EL primer ensayo, de presentar este cristianismo de cara al mundo no-creyente, lo hizo —en nuestro tiempo— el Padre Serlianges, O. P. En España se tradujo antes de nuestra guerra civil su *Catecismo de los Incredulos*: ensayo que —a pesar de su oscuridad— no ha perdido vigor en muchos pasajes.

El segundo lo hizo Rahner, en 1965, y ahora lo acaba de perfilar y ampliar en la revista *Concilium*.

Y el tercero lo ha redactado Monseñor Pietro Rossano, y lo ha publicado oficialmente el *Secretariado para los no-creyentes* en este año 1967.

Este último texto tiene sobre todo el interés de su oficialidad, pero el de Rahner es muy superior en concisión y lenguaje.

Ambos pretenden ser ese catecismo, sin preguntas ni respuestas, que necesita el cristiano de hoy; el nuevo hombre que está surgiendo y que quiere volver a la esencia del cristianismo, sin enmarañarse ni confundirse por las ramas.

Tres frases contienen lo esencial de la religión cristiana: de ese catecismo ideal para nuestro tiempo.

«El hombre supera infinitamente al hombre», decía Pascal y lo repi-

SIGUE



Terlenka® y... acción!

¡PONGASE EN ACCION... PONGASE TERLENKA!



Prendas deportivas TERLENKA. Todo un vestuario para el verano. Bañadores, shorts, playeras, blusas, pantalones... y mini mini faldas. La alegría de las vacaciones se viste de TERLENKA. Y, naturalmente, son prendas LAVAR... Y LLEVAR.

EL TERCER METODO

ta ahora el Papa Montini, en su *Populorum Progressio*. Por eso «el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose», continúa el Papa, y toda nuestra meta se debe centrar —como también dice Pablo VI— en «que hay que promover un humanismo pleno».

Del hombre partimos para conocer el misterio de eso que llamamos Dios; y que no es ajeno a lo más profundo que vive el ser humano cuando tiene una autenticidad su vida. En su existencia espiritual, el hombre desemboca en un misterio que constituye el fundamento de su propia existencia, y, al mismo tiempo, este oscuro existir tiene un horizonte inexpresable e inacabable. Eso es a lo que los cristianos —según Rahner— llamamos Dios.

Dios no es el Dios de las alturas, con sus rayos y truenos; ni el «bon Dieu» que se expresa en esas imágenes almidonadas y sin sexo que repeien a quien las contempla. «Dios constituye la realidad más íntima en nosotros, y, al mismo tiempo, la más lejana». Esa realidad profunda que «no necesita de nosotros, ni —en el otro extremo— podemos disponer de ella». No es un Dios que esté solitario, esperando nuestra compasión por el abandono en que vive por parte de los hombres, como muchas veces se nos ha dicho; ni es un poder mágico que esté a disposición de nuestras oraciones.

El tipo de «adoración y veneración» que le debemos, se cumple «cuando el hombre acepta su propia existencia con responsabilidad absoluta; y busca y espera su último sentido con plena confianza». El que esto hace «ya ha encontrado a Dios, llámelo como le llame», sigue diciendo Rahner.

Y esto —esta experiencia responsable— no es privilegio de ningún grupo, sino un «don ofrecido a todos». Este don es «este amor experimentado en el fondo de la existencia», por el cual se hace Dios cercano, aunque no le conozcamos claramente y no sepamos llamarle. Allí es donde actúa, aunque sea anónimamente, y se manifiesta, no en transportes místicos desencarnados, sino en «la intrepidez y el amor, y la fidelidad a la conciencia».

Por eso mismo «todo hombre fiel a su conciencia es —para Rahner— un cristiano que espera al único Hombre»: a Jesucristo. En Jesús, Dios se hace presente: está ahí. Es el único ser de la humanidad que ha vivido radicalmente, y a fondo, todo esto que aquí expresamos; porque es el único en el que se ha hecho presente el misterio profundo del ser, que es Dios, en forma total, única y definitiva.

Sin embargo quienes no le reconocen explícitamente, a pesar de vivir auténticamente, «los que no pueden dar un nombre concreto a la culminación perfecta de su experiencia oculta», no por eso «quedan excluidos del abrazo de la misericordia divina».

LA comunidad de los que creen con claridad en el Amor absoluto, presente en Jesús, y esperan poder participar de ello, forman un pueblo que llamamos Iglesia. No son un pueblo con poder o dominio sobre los hombres, sino un servicio que a todos prestan: «este poder —dice el Secretariado de no-creyentes— no es una dominación, sino un servicio del pueblo de Dios», y el Papa en él no es sino el signo de la unidad de amor de esta comunidad, y es el «responsable del bien espiritual de la Iglesia, y... del bien general de todos los hombres», junto con todos, pues todos en alguna manera somos responsables.

«Los sacramentos... son un encuentro de salvación que corresponden a todas las circunstancias (básicas) de la vida», expresadas en siete momentos culminantes: el nacimiento del hombre, su desarrollo, la propagación de la vida, el fracaso, el sentido de cooperación entre los hombres, la dedicación a los demás y el broche final de la vida. Ahí están, bajo otro nombre, el bautismo, la confirmación, el matrimonio, la confesión, la eucaristía, el sacerdocio y la extremaunción. Todos eos contienen una palabra eficaz y salvadora para esos momentos cumbre.

El futuro —por otro lado— es del hombre «que se embarca en el movimiento de la historia»: ése es el hombre de la esperanza, que llama cristiano el **Secretariado para los no-creyentes**. El que promueve aquí los **nuevos cielos y la nueva tierra** —como pedía San Pedro—, y cuyo término es la plenitud que llamamos cielo. Sólo el que «vive en oposición a su conciencia, fracasará en su destino de felicidad»; y la trágica pregunta que nos hacemos de quién es el que aboca al permanente fracaso, que es el infierno, no se sabe contestar porque —como dice el **Secretariado para los no-creyentes**— «evidentemente ningún hombre puede juzgar si alguien cayó en esta desgracia; Dios sólo sabe quiénes son estos hombres y —lo que es más decisivo en un documento oficial de la Iglesia— si los hay».

Pero todo esto sería nada si no supiera el hombre que su vida debe ser un amor sin condiciones, que supere toda ley. Esa es la moral que debe profesar: la del desarrollo individual y colectivo; personal, familiar y mundial, como quiere Pablo VI.

Si el tercer hombre —el nuevo católico— es eso lo que pretende —aunque con balbuceos—, está bien orientado. Si lo olvida, su planteamiento religioso será falso.

E. N. M.

RECUERDE...

según datos estadísticos
de la Jefatura central de tráfico

EN ESPAÑA 1966

accidentes	73.799
mueertos	3.222
heridos	72.944



Desde mi juventud, con el castizo simón, el tranvía de mulas y las diligencias, mucho han cambiado los problemas del tráfico. Después, en Madrid, sólo poseían coche tres o cuatro aristócratas y otros tantos ricachones del capitalismo; en la actualidad el coche abunda más que las necesidades.

La organización material del tráfico es hoy un problema cuya resolución debemos exigir a las autoridades competentes; pero, conforme se van multiplicando los vehículos y va creciendo la velocidad, cobra cada vez mayor importancia el problema moral. Muchos de los muchos que son dueños de un coche y de una licencia de conducir carecen de sentido social: Se sienten seres superiores, y creen que su papel es competir con los demás conductores en astucia y atrevimiento.

Si las autoridades no cuentan con una actitud de responsabilidad colectiva en los conductores, será vano buscar remedios particulares a los males del tráfico que hoy nos afligen.

Ramon Menéndez Pidal

La Jefatura Central de Tráfico desea agradecer públicamente a la noble y lúcida ancianidad de DON RAMON MENENDEZ PIDAL, su mensaje con motivo del Día Internacional sin Accidentes.

SABADO, 27 de mayo - DIA INTERNACIONAL SIN ACCIDENTES